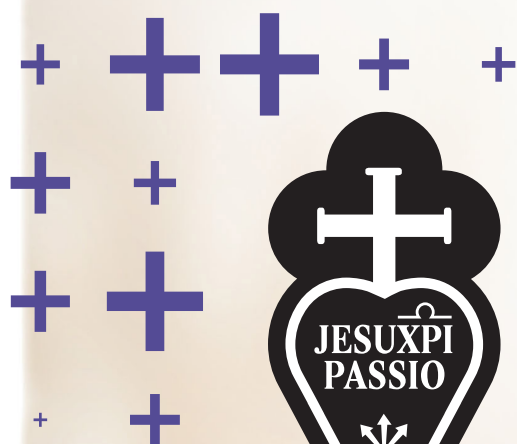




FORMACIÓN & CATEQUESIS

09 + + +

Vida comunitaria: “Mar de amor y mar de dolor”.

P. Giovanni Cipriani, C.P.

Jubilaeum

Me alegra poder compartir con mis hermanos algunas reflexiones que he madurado a lo largo de mis 55 años de vida pasionista.

La primera consideración es la alegría de ser miembro de la Congregación, mi familia carismática, no menos importante que la familia biológica. En los encuentros y celebraciones con el pueblo, manifiesto a menudo este sentimiento: la “Congregación Pasionista” es la familia más bella que existe, ¡es una familia maravillosa! El motivo es simple: es mi familia. Sin este sentimiento no hay razón para vivir en comunidad, ni entusiasmo.

Quizás debido a la edad o a la formación, hoy vivo la experiencia del salmista: «*Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos. Es ungüento precioso en la cabeza, que va bajando por la barba, que baja por la barba de Aarón, hasta la franja de su ornamento. Es rocío del Hermón, que va bajando sobre el monte Sión. Porque allí manda el Señor la bendición: la vida para siempre*» (Sal 133). Tampoco

sé cómo he llegado a esto. Pero cada día me pregunto: “¿Qué puedo hacer hoy para hacer felices a mis hermanos?”. Si un hermano de comunidad está triste, me pregunto: “¿Qué he hecho mal hoy?”.

Segunda consideración: la vida comunitaria es un gran don de Dios, comprensible solo a partir de la fe. Las ciencias humanas –psicología, sociología...–, nos ayudan a comprender las dinámicas interpersonales dentro de la comunidad, pero la belleza de “vivir en comunidad” viene de la fe y de la experiencia. Parafraseando el principio tomista, la *agere sequitur esse*, debemos decir que *en la base de cualquier comportamiento erróneo hay un pensamiento erróneo*. Esto significa que mi forma de vivir en comunidad depende del concepto que tengo de la comunidad. Me parece que hoy hemos sustituido el significado *teológico* de “comunidad” por el *sociológico*. Y aquí empiezan los problemas, porque las “reglas” del Espíritu Santo son diferentes de las reglas de la sociología.

“Comunidad” es un concepto teológico.

El Papa Francisco, durante el encuentro con los Superiores Generales (2014), dijo que «la cuestión central de la Iglesia y de la VRC es la comunión». Al leer los últimos documentos de la Iglesia nos damos cuenta de lo verdadero que es esto. Hoy sentimos mucho la necesidad de interrogarnos sobre la vida comunitaria. Cuando organizo cursos de formación para las comunidades religiosas, el 90% de

los superiores me piden que hable de la “vida en el interior de la comunidad”. En el diálogo con las comunidades resulta evidente que hemos perdido el concepto teológico de comunidad. Nuestro vivir juntos tiene un motivo teológico, no social. No podemos “dar razón” de nuestro vivir en comunidad a partir de la sociología y de la psicología, sino desde nuestro bautismo. Fuera de esta realidad teológica es complicado crear “comunión de vida” en la comunidad religiosa.

La “comunidad” tiene su origen y su principio en el bautismo. La “vida de comunión” es la “vida nueva” que hemos recibido en el bautismo; es don, que se acoge, no se conquista. Con el bautismo, entramos en comunión con la Santísima Trinidad, que es amor y comunión. Nos hemos convertido en “seres en relación”. ¡Esa es la novedad!

Las tres palabras del bautismo, *Padre, Hijo y Espíritu Santo* no son una fórmula, crean una “ontología”: nos ponen en comunión con la Santísima Trinidad, nos convertimos en “hombres de comunión”. Una vida comunitaria fuera de la dimensión bautismal, basada en normas y leyes, se vuelve insoportable. En el pasado, la vida comunitaria estaba marcada por “la campana”. Hoy “la campana” ya no funciona. Es necesario “teologizar” la comunidad a partir de la vida trinitaria recibida en el bautismo. La comunidad es hermosa cuando refleja la belleza de la comunión trinitaria.

Si comprendemos esto, todo se hace más fácil y hermoso.

¿Qué tristeza el individualismo!

El individualismo es “desnaturalizar” el ser humano y encarcelar la vida de comunión que hemos recibido en el bautismo. La vida de relación y de comunión reside en nuestro ser biológico y teológico. La comunión y la relación están escritas en nuestro ADN espiritual y biológico; vivir en comunidad no debería ser un esfuerzo: es nuestra *naturaleza*, por diversos motivos.

Primero, porque fuimos creados a “imagen de Dios” (Gén 1, 27) y Dios es comunión, es Trinidad; segundo, porque nuestra vida se originó del “amor-unión” de dos personas, nuestros padres; tercero, porque nuestro ser “biológico” tuvo inicio en la “comunión” de dos células, el óvulo y el espermatozoide. En nosotros todo habla de comunión; por eso debería ser más difícil vivir el individualismo que la comunión.



Hemos de admitir, sin embargo, que, aparte del pecado (pecado = “*escisión*”, separación), hay otros factores que impulsan al individualismo:

- las heridas vinculadas a nuestra historia personal, especialmente las que se refieren al área de la afectividad y de la autoestima;
- una cultura del “yo”, iniciada con S. Freud, que no favorece la cultura del “*nosotros*”, que tanto promueve el Papa Francisco;
- el consumismo, que impulsa cada vez más hacia una cultura de la “*felicidad*” –ligada al yo–, en detrimento de la cultura de la “*alegría*”, –vinculada al “*nosotros*”, a la relación–. Podemos ser felices solos, pero la alegría es relación, comunión.

La vida comunitaria:

“mar de amor y mar de dolor”.

Para nosotros los Pasionistas, la vida comunitaria es “*constituyente*”, es un fundamento de la Congregación: “*San Pablo de la Cruz reunió compañeros para que viviesen en común*” (Const. 1). Subestimar esta dimensión de la vida pasionista significa perder nuestra identidad.

No podemos negar, sin embargo, que, a veces, la vida comunitaria es una “*maxima poenitentia*”. Es así porque se trata de nuestra *fragilidad* humana: incomprensiones, celos, envidia, competitividad... “*Cargamos con nuestras heridas*” (psicológicas, morales, etc.): cuando una herida no se cura, hace que no nos sintamos bien ni con nosotros mismos ni con los demás y toda relación puede convertirse en causa de sufrimiento.

La persona herida, que no es consciente de sus heridas o que las rechaza, es una persona que hiere. Una “*memoria herida*” (experiencias negativas que forman parte de la historia personal y están presentes en la memoria) condiciona negativamente las relaciones interpersonales. Es difícil amarse a sí mismo y a la comunidad con una “*memoria herida*”. Hay que curarla. La “*memoria herida*” se cura con el amor. “*La Pasión de Jesús es el remedio más eficaz*” para curar una memoria herida (parafraseando a San Pablo de la Cruz). Solo el amor del Padre, manifestado en Cristo en la cruz, puede curar las heridas y transformarlas en “*llagas gloriosas*” como las de Cristo después de la resurrección.

Los pasionistas, en la “*máxima poenitentia*”, vivimos el verdadero significado pasiológico de la vida comunitaria. El amor tiene siempre una dimensión sacrificial y una dimensión de fiesta, de gloria. Dimensiones que están presentes en la Pasión de

Jesús de San Juan, el Evangelio que se proclama (o se proclamaba) en la celebración de la profesión religiosa. La dimensión sacrificial: el Hijo que se “*sacrifica*” por nosotros: «*Yo doy mi vida*» (Jn 10, 15); la dimensión de fiesta, de gloria: «*Por esto Dios lo ha exaltado*» (Flp 2, 9). Es el “*Espíritu Consolador*” que Jesús nos ha enviado, quien hace del amor sacrificial una fiesta, una alegría, un gozo.

El amor en la comunidad se reconoce por estas dos dimensiones: el sacrificio (= servicio) y la alegría. Un amor-servicio que no crea alegría no es amor verdadero (¡podría ser una patología!). Un amor que sea solo fiesta no es amor o, al menos, no es “*amor pasiológico*”. El amor requiere sacrificio: el “*sacrificio*” del egoísmo y del individualismo. Es este sacrificio lo que me convierte en una persona de relación, de paz, de alegría.

Cuando un niño, por la noche, ve a su padre que vuelve del trabajo cansado, sucio y sudado, no se avergüenza de él delante de sus amigos, sino que corre hacia él y lo abraza. El niño ve en el padre las dos dimensiones del amor: el sacrificio del duro trabajo del día y la alegría de llevar a casa el sustento para la familia.

Donde hay sacrificio, hay también alegría; donde hay amor, hay también dolor. Son las dos dimensiones del amor pasiológico de nuestro Fundador: “*La Pasión de Jesús es un mar de dolor y un mar de amor*”. Dos dimensiones que no se pueden separar en la vida comunitaria.

Una comunidad que vive en el servicio y en la alegría es una “*comunidad que atrae, una comunidad vocacional*”, porque “*El secreto no es correr tras las mariposas, el secreto es cultivar el jardín para que las mariposas puedan venir*” (Mario Quintana).

¿Qué concepto tengo de comunidad?

¿Todavía necesitamos “promotores vocacionales”?